

autor) es un dato que ya denota, por sí solo, el haber sufrido una infancia bastante surrealista y una adolescencia en la que la propia fisiología propició sorpresas bastante estruendosas.

El libro se inicia según una fórmula que goza de una cierta tradición literaria. Atendiendo al servicio que requieren sus movimientos intestinales, el autor permite que su pasado infantil se le pasee según las imágenes de unos seres que, al parecer, dejaron constancia de sus inquietudes en unos ajados manuscritos. Se tiene así noticia y testimonio de los primeros escarceos eróticos, debidos más a curiosidad que a otra cosa, y de sus conclusiones, primerizas y algo desalentadoras; los ejercicios espirituales, la confirmación, las vacaciones en Zarauz (cosa que estaba muy bien vista), las primeras fascinaciones y el primer imperio de los mitos... Tales son las líneas maestras de la memoria de Cavestany en su propia persecución. Pero los matices con que el autor carga o descarga las tintas resultan reveladores, en principio, de un gran sentido del humor (de un humor que casi resulta «splin»), y en segundo lugar, de un talento que le puede animar a otros empeños literarios. Un libro como *Cangrejo en altamar* requiere de una cierta sutura, bastante cultura (aquello que proporciona sentido de las cosas y de la medida) y dotes, requisitos cuya superación queda de manifiesto en esta entrega que, por estar, está hasta bien titulada. ■ EDUARDO CHAMORRO.

Otaola, un desconocido en el exilio

Simón Otaola —o mejor aún: Otaola a secas, como acostumbra a firmar— es un escritor casi absolutamente desconocido. Eugenio G. de Nora omite citarlo en su obra *La novela española contemporánea*. Y José R. Marra-López, autor del más completo estudio sobre nuestra novelística en el exilio (*Narrativa española fuera de España, 1939-1961*), se limita a reproducir con cierta profusión fragmentos de *La librería de Arana*, libro autobiográfico de Otaola, por el que desfilan las

imágenes entrañables de tantos y tantos escritores españoles que viven o vivieron la tragedia del destierro: León Felipe, Manuel Andújar, Adolfo Sánchez Vázquez, Max Aub, José Moreno Villa, José Ramón Arana, el propio Otaola...

Ahora, precedida por un prólogo de Marra-López, acaba de aparecer, con casi veinte años de retraso, la novela *Los tordos en el pirlul* (1). Otaola, nacido en Guipúzcoa en 1907 y residente en Madrid hasta el término de la guerra civil, ha abandonado en esta ocasión el tema literario del exilio —tema que recobrará diez años más tarde en *El cortejo* (México, 1963), una de las más admirables muestras de la narrativa española contemporánea— y se ha dedicado a ofrecernos la crónica, entre lírica y humorística, de un insignificante pueblecito mexicano: San Felipe Torresmochas.

«¿Radical cambio de dirección? —se pregunta Marra-López en el prólogo—. Lo parece, pero no lo es. Simplemente, el escritor transterrado, después de narrar con fidelidad sus Memorias sobre él y los otros como él, dirige su mirada alrededor y queda prendado de lo que ve». Esta facultad de asimilar las formas y el contenido del mundo exterior proviene —según Marra-López— «de una peculiar actitud del escritor español», tesis, a mi entender, más que discutible, pues lo que ha caracterizado precisamente al escritor español en el exilio ha sido su incapacidad para integrarse en otros esquemas sociales y culturales. El caso de Max Aub, literato cosmopolita hasta la médula, constituiría una rara excepción (recuérdese, a título de ejemplo, el prodigioso mimetismo lingüístico de que hacía gala en *El zoplote y otros cuentos mexicanos*). Otaola, aunque se dedica en esta ocasión a describir la vida y las costumbres de un pueblo mexicano, lo hace desde una perspectiva ajena a las raíces vitales del objeto descrito y, sobre todo —y en esto coincide con Marra-López—, mediante el empleo de unos procedimientos estilísticos que recuerdan vivamente la pro-

sa de aquel gran acróbata de las letras llamado Ramón Gómez de la Serna.

No cabe duda de que *Los tordos en el pirlul* es, pese a su importancia objetiva para el lector español de nuestros días, una obra de tono menor en el conjunto creador de Otaola. Por razones más o menos obvias, ni *La librería de Arana* ni *El cortejo* han gozado de una difusión regular en nuestro país. En tal caso, la lectura de *Los tordos en el pirlul* puede servirnos por lo menos para ponernos en contacto con un escritor arrinconado en los olvidos del exilio. ■ S. R. SAN-TERBAS.

Borges, el poeta

«Creo que no soy más que eso —ha afirmado alguna vez Jorge Luis Borges—. Un poeta torpe, pero un poeta, espero». Deslumbrado por la perfección, la inteligencia y la sutileza de una prosa sin posible parangón en la actual literatura hispanoamericana, el lector común ha olvidado al poeta Borges. Para ese lector de buena fe, Borges es, ante todo, el autor de *El Aleph*, de la *Historia universal de la in-*

famla y de *Ficciones*. Y, si por casualidad, se ha topado con los versos del *Cuadernos San Martín* o del *Elogio de la sombra*, no ha podido quizá evitar un ramalazo de decepción ante unos poemas aparentemente simples, formalmente austeros, casi pobres, desvinculados por completo de la verborrea musical de un Neruda o de los extraordinarios juegos idiomáticos de un Oliviero Girondo. La poesía de Jorge Luis Borges es —según José Olivio Jiménez— «una poesía del nombrar, cada vez más escueto, más despojado y auténtico. De ahí el inevitable apoyo en un lenguaje hablado, donde la sencillez deviene ya austeridad y pobreza, sostenido en unas pocas pero permanentes metáforas».

El joven escritor y crítico argentino Marcos Ricardo Barnatán ha publicado recientemente, en una nueva colección de monografías dedicadas al estudio de célebres poetas, un breve pero documentado e inteligente ensayo sobre Jorge Luis Borges (1). Marcos Ricardo Barnatán, nacido en Buenos Aires en 1946, descendiente

(1) Marcos Ricardo Barnatán: *Jorge Luis Borges*. Ediciones Júcar. Colección Los Poetas. Madrid, 1972.

de una familia judía de origen hispano-sirio, licenciado en Filosofía y Letras y residente en Madrid desde hace siete años, es autor de tres libros de poemas —*Acerca de los viajes*, *Los pasos perdidos* y *El libro del Talismán*—, de una *Antología de la «Beat Generation»* y de la novela *El laberinto de Slón*.

Su libro sobre Jorge Luis Borges rebasa, por así decirlo, el mero carácter analítico y se muestra como un inevitable manual de devoción borgeana. Ya se ha dicho en más de una ocasión que es difícil mantener ante Borges una posición neutral. A Borges se le admira o se le repudia, o —lo que es aún más significativo— se le admira y repudia al mismo tiempo. Hay quienes consideran que Borges es tan excelente escritor como vituperable «zoos politikon»; el hecho de que en cierta ocasión dedicara un poema a la Revolución rusa y de que más tarde fuese víctima del peronismo, no obsta para tener en cuenta que, por encima de todo, Borges ha sido un «monstruo de su laberinto», un intelectual replegado sobre sí mismo, un secuz de sus propias mitologías. No hay intención peyorativa en estos juicios, aunque pueda parecer lo contrario. Los caminos de Borges son diferentes a los de la mayoría de los poetas; la expresión, en Borges, se llama «cultura»: «Que otros se jacten de las páginas que han escrito; a mí me enorgullecen las que he leído».

Cuando el libro sea para todos los hombres tan necesario como el pan, el aire o el agua, ese día será Jorge Luis Borges un poeta universal. ■ S. R. S.

Biografías obreras (1868-1921)

Entre 1927 y 1929 publicó el viejo escritor socialista Juan José Morato, en el diario madrileño *La Libertad*, una larga serie de biografías de dirigentes proletarios bajo el epígrafe común de «Los redentores del obrero». Escritas con finalidad didáctica y con el habitual tono moralizador de las producciones suscritas por los seguidores de Pablo Iglesias, las biografías mezclaban datos ya conocidos de los clásicos del movimiento



Jorge Luis Borges.

(1) Otaola: «Los tordos en el pirlul». Prólogo de José R. Marra-López. Editorial Andorra, S. L. Barcelona, 1972.

obrero español, como El proletariado militante, de Anselmo Lorenzo, con otros precedentes de la labor investigadora de Morato. En conjunto, de cualquier modo, un importante retablo de figuras centrales en las primeras décadas de organización sindical y política de la clase obrera en España.

La reedición de las biografías obreras de Morato, en cierto modo su hallazgo, viene a suponer un elemento de primer orden para la reconstrucción de nuestra historia social. Consciente de ello, Víctor Manuel Arbeloa ha pugnado durante varios años por conseguir la aparición pública de estos *Líderes del movimiento obrero español, 1868-1921*, que ahora aparecen bajo la rúbrica editorial de Cuadernos para el Diálogo. Arbeloa ha desarrollado asimismo un intenso trabajo como anotador de los textos de Morato, precisando en todo momento los datos personales o los acontecimientos a que sucesivamente aluden las biografías, hasta el punto que en algunos casos el interés de la nota supera al del texto original. También con acierto ha optado por incluir al final del volumen la biografía de Jaime Vera, que Morato publicara en folleto aparte. Sólo cabe anotar en el pasivo de su labor el descenso en la precisión de los datos anotados conforme se refieren a momentos más avanzados del siglo XX y el hecho de que las supresiones, que por razones de comodidad de lectura dice haber efectuado, no se encuentran señaladas en la forma habitual dentro de las publicaciones históricas de carácter científico. En otro orden de cosas, tropieza el lector con desviaciones en el lenguaje, fruto sin duda de la doble vertiente profesional de Arbeloa, pero que se conjugan mal con el rigor del historiador. Las advertencias hechas por el joven Unamuno en su artículo «El salario mínimo» sobre ciencia y sentido común, socialismo y cristianismo, conservan plena vigencia. ■ ANTONIO ELORZA.

Obra poética de Alberti

Al fin se ha emprendido en España la publicación de la obra completa de Rafael Alberti, que constará de cuatro volúmenes: poesía, teatro, prosa y varia. El primero de estos volúmenes, editado por Aitana Alberti (1), recoge la obra poética fechada entre 1924 y 1967, a excepción de los poemas que pudiéramos llamar «civiles» que, al parecer, serán incluidos en el último volumen de las obras. Con el volumen ya publicado, el lector dispone

en ella está el lamento sobre el Puerto de Santa María, el aire purísimo del Guadarrama, los colores del atardecer en Segovia, el ce-laje del amanecer en Cuenca, la pinocha de tantos y tantos campos que quedaron atrás, nadie sabe hasta cuándo..., y el sentimiento de que Cádiz se quedó sin novio.

Ante la totalidad de la obra poética, el lector se siente cual si tomara copas con el autor. Ahí está la ternura lírica de *Marinero en tierra*, la introspección mítica y dolorida de *Sobre los ángeles*, el encantador su-

sajes de desdén hacia el mundo, y hará caso de la indeclinable llamada: *Mama la leche y agótala, criatura, / tabicala en tu ser iluminado, / que mamas con la leche el pensamiento.* ■ CH.

Los cuentos góticos de Isak Dinesen

Hace unos veinte años, el editor Luis de Caralt publicó en castellano los *"Siete cuentos góticos"*, de Isak Dinesen (seudónimo de la escritora danesa Karen Blixen, aristócrata que compartió su vida entre Dinamarca y el África inglesa hasta el extremo de llegar a expresarse con igual fortuna en los idiomas de ambos países). Aquellos cuentos de Dinesen —que yo llegué a conocer, dicho sea de paso, por recomendación especialísima del novelista Miguel Delibes— cayeron en saco roto para la inmensa mayoría de los lectores españoles. Algunos años más tarde, creo recordar que en el 68, se estrenó en los cines madrileños de arte y ensayo la película de Orson Welles *"Una historia inmortal"*, interpretada por Jeanne Moreau y el propio Welles; la trama argumental —una de las fabulaciones más irritablemente bellas traducidas al lenguaje cinematográfico— estaba basada en un relato de Isak Dinesen; sin embargo, nadie o casi nadie recabó para la narradora danesa unos méritos oscurecidos posiblemente por la desbordante personalidad del «monstruo» Welles. Muy recientemente, e imagino que esta es la tercera oportunidad de Isak Dinesen frente a los detentadores de la cultura española, se ha publicado *"Las Cariátidas y otros cuentos góticos"* (1), versión castellana de la última obra escrita por la desconcertante baronesa de Blixen.

El «cuento gótico» procede en línea recta de la novela fantástica del siglo XIX. Isak Dinesen es, pues, heredero directo de Robert Maturin, de Ann Radcliffe, de Ponson du Terrail, de Mat-

thew Gregory Lewis e incluso del ilustrado dieciochesco Jan Potocki. El elemento irracional prevalece en esta clase de literatura; y uno no sabe si como reacción romántica frente al racionalismo que diera origen a la «Grande Révolution» o como superación dialéctica de ese racionalismo mediante un anticipo estético de la revolución freudiana. Lo único cierto es que la novela y el «cuento gótico» aparecen tamizados por la impronta de una ética clasista, semivictoriana, caduca, que hubiera provocado vómitos de horror a gentes tan poco imaginativas (y, sin embargo, tan extraordinarias) como D. H. Lawrence.

La lectura de Isak Dinesen sólo es recomendable para técnicos sin prejuicios, para espíritus exquisitos sin remisión posible y para suicidas en potencia enamorados del «Concierto 21 para piano y orquesta», de Mozart. Para todos los demás —es decir, para los que venimos comulgando con ruedas de molino tan enormes como plazas de toros desde el III Concilio de Toledo—, Isak Dinesen es aún, culturalmente hablando, un plato demasiado fuerte. ■ S. R. S.

Von Salomon: nazismo y literatura

Ha muerto el autor de «El cuestionario»

Cuando se hundió el III Reich comenzó en Alemania una depuración de nazis: se les sometía a un cuestionario con 125 preguntas. El escritor Ernst von Salomon —que acaba de morir, a punto de cumplir los setenta años— encontró imposible responder simplemente por sí o por no a cada pregunta: necesitó quinientos folios, que se publicaron luego (1951) con el título de «El cuestionario». Fue uno de los libros más discutidos en la Europa de la posguerra. Testimoniaba en favor de una generación alemana —la que había nacido, más o menos, con el siglo— víctima de tensiones y tentaciones, desgarrada entre las derrotas y las ilusiones. Obra pasional, era



Alberti, en Roma.

de una panorámica totalizadora de la obra poética de uno de los mejores escritores españoles vivos.

Lo primero que sorprende de Alberti es su capacidad de imaginación y la fluidez, coherencia y suavidad de sus metáforas, que jamás distorsionan el contexto poético, llevando la economía del lenguaje hasta sus más paradójicas y risueñas consecuencias. El surrealismo albertiano, con esa ingenuidad que Nietzsche veía en Homero, brota y adquiere cauce hasta constituir un barroquismo aliento vital irrefrenable para el que los ojos son las manos de la poesía, una poesía en la que se perciben los rasgos de la influencia de algún espíritu oriental, travieso e hilarante, junto con el destello marmóreo y musical de aquellos Cancioneros del XV y XVI.

La poesía de Alberti es de gran, amplia, perspectiva;

realismo jocosos y sentimental de *Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos*, bello como un ramo de flores en el que cualquier cabra arciris hubiera abandonado sus negras bolitas, una composición en la que aparece el Alberti más medular, en una faceta que le es tan propia y esencial como *A la pintura* o la *Oda marítima*. Así hasta los últimos poemas —en los que el autor inquiere melancólicamente la realidad, examinando de nuevo los aperos que recogió a lo largo de una ruta larguísima y casi planetaria—, la creación se desenvuelve y reconoce con sus propios altibajos, sus relieves y frondas, sus virajes y sus caídas y recuperaciones de potencial, sus veleidades y fortuna, que *De la niebla, el día pasó al sol; del sol, ahora a la lluvia. Frecuentemente un poema sufre estos mismos cambios*. Leyendo a este poeta, el más recalci-trante anacoreta verá desaparecer de su rostro los vi-

(1) Editorial Aguilar, Colección Autores Modernos.

(1) Isak Dinesen, «Las Cariátidas y otros cuentos góticos». Traducción de Andrés Ruiz Tarazona. Barral Editores. Barcelona, 1972.